

DIANA RAMÍREZ LUNA

EL JARDÍN DE LAS CERTEZAS



TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS. QUEDA PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL DE LA OBRA SIN CONSENTIMIENTO PREVIO DE LA AUTORA Y DE LA EDITORIAL.

TÍTULO ORIGINAL: *EL JARDÍN DE LAS CERTEZAS*

© 2020 DIANA RAMÍREZ LUNA

© 2020 EDICIONES CAMELOT AMÉRICA S.R.L.

EDICIONESCAMELOT.COM

@EDICIONESCAMELOT

DISEÑO DE CUBIERTA, REVISIÓN Y MAQUETACIÓN: RUBÉN RODRÍGUEZ

ILUSTRACIONES DE CUBIERTA Y FOTOGRAFÍA DE LA AUTORA: IZAAK OLÁN

1.^a EDICIÓN

ISBN: 978-8*****-9

DEPÓSITO LEGAL: AS 0*****-2019

Diana Ramírez Luna

El Jardín de las Certezas



*A Natalia, por enseñarme que
los finales también son inicios.
Y viceversa.*

*A Santiago, porque en la renuncia
también habita el amor.*



Esa mañana sonó el teléfono.

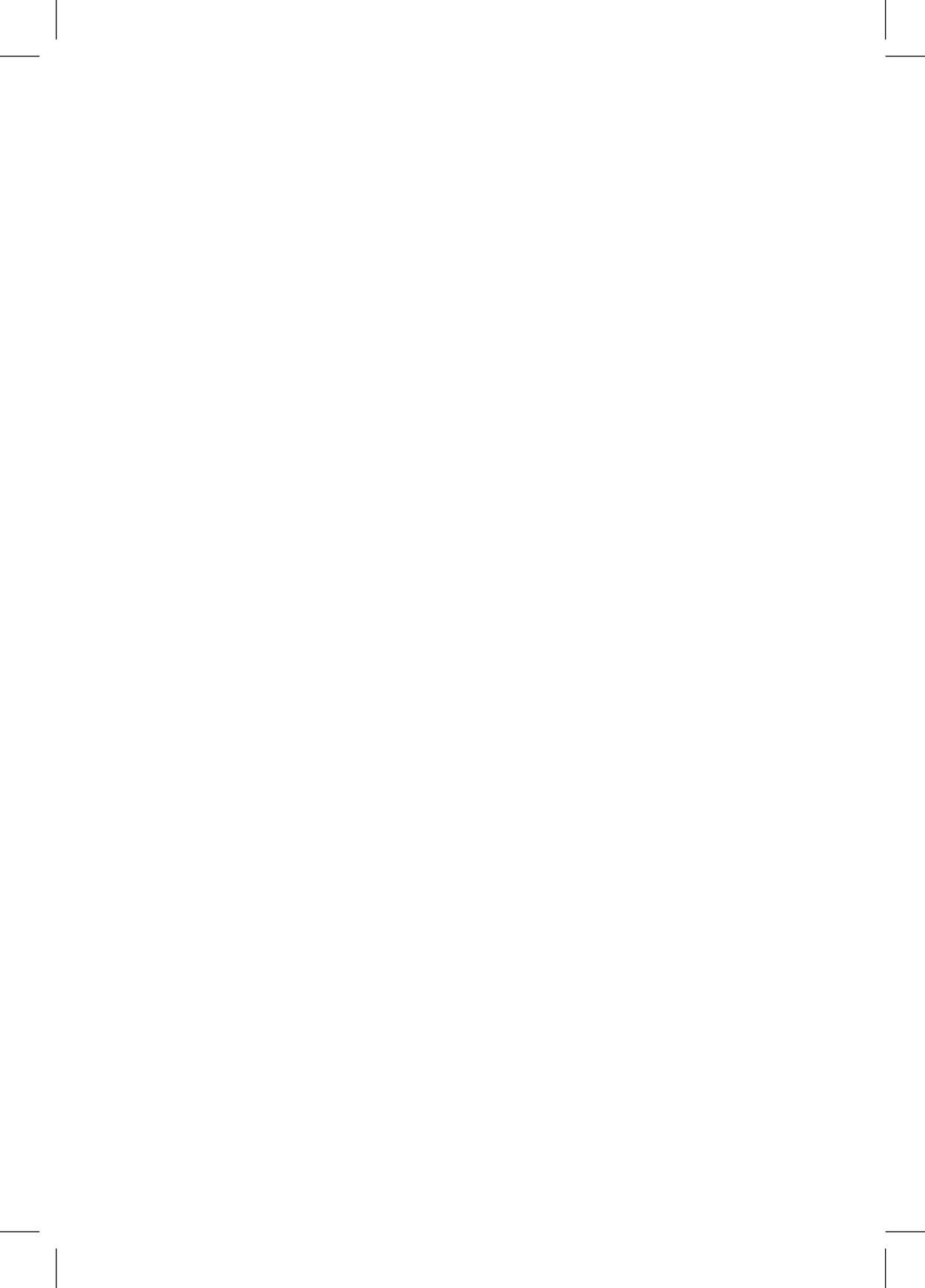
—¿Señorita Natalia?

—Sí —respondí, aún sin poder despegar los párpados por el sueño y tomando el teléfono a tientas.

—Hablamos del despacho de su papá. Siento ser yo quien le da esta noticia, pero... —la voz titubeó— don Rafael falleció hace algunas horas.



PARTE 1



1

ESTACIÓN MAPIC

LO QUE EN PRIMERA INSTANCIA ESCAPA A
NUESTROS OJOS SUELE SER AQUELLO QUE
HABRÁ DE MARCARNOS, LA CICATRIZ DE
UNA HERIDA QUE LUEGO HEMOS DE PORTAR
CON ORGULLO

Siempre odié el invierno. Para mi mala suerte, no sólo nací en un día frío sino lluvioso, como cada uno de mis cumpleaños. Ese 15 de febrero no fue la excepción.

Aquel día de borrasca fue el presagio de que mis 27 años traerían consigo el caos. Papá entró a mi habitación con un pastel entre las manos y una sonrisa cegadora de tan blanca. Él sabía de sobra que nada me haría más feliz que ese sabor a chocolate y la gran taza de café con leche que él mismo me había preparado.

Intenté mostrar madurez y, por primera vez, ignoré el pastel para abrazar a ese hombre delgado que, aun con el paso del tiempo, casi no presumía canas en la cabellera.

—¡Eres lo máximo, pa!

—El padre más afortunado por tenerte a ti, mi ojitos de sol. Eso soy.

Esa mañana lo abracé tan fuerte que a veces pienso que a partir de ahí germina la memoria, mi verdadera memoria; una memoria hasta entonces negligente, que nada resguardaba con par-

ricular esmero. Quizá por eso, a partir de ese día, recuerdo todo con pertinaz claridad. Quizá por eso, papá sigue aquí conmigo, porque ahora todo depende de mí.

—Arréglate y ponte más linda que de costumbre, te tengo una sorpresa.

—¿A dónde vamos?

—Es de mal gusto revelar las sorpresas antes de tiempo, Nat. Mejor date prisa para que lo descubras pronto.

—¿Puedo invitar a Giuseppe?

—Por supuesto —respondió papá con gesto seco.

—Pa, no seas así. Se trata de mi prometido.

—Ay, hijita. Será quien sea, pero ese muchacho me parece de lo más ominoso. Mira que ya tiene más de 30 añitos, no sabe hacer nada más que estirarles la mano a sus padres y, ahora, pedirte favores a ti. Si no fuera porque intercediste por él en la agencia, ni trabajo tendría el pobrecito —finalizó con un suspiro que, al parecer, le provocó alivio—. En fin, invita a quien quieras, hoy tú mandas.

Cuando salí de la ducha y mientras me arreglaba, me comuniqué con Giuseppe a la agencia. Sin mucho ánimo, aceptó mi invitación para acompañarnos. Por la tarde comí con papá y casi al caer la noche nos dirigimos hacia el norte. Supuse que íbamos a uno de mis lugares favoritos, el Mapic, Museo de Arte y Pintura Contemporánea.

Ahí se llevan a cabo todo tipo de exposiciones de pintura, arte que causa en mí una particular fascinación y por el cual decidí dedicarme a la publicidad, pues al considerarme incapaz de forjar una carrera como acuarelista o muralista, y al ver los carteles de

Lautrec, Mucha y Gesmar, la promesa de esa posibilidad floreció en mí.

Esa noche se inauguraría una de las exhibiciones más esperadas del año: *Ventanas hacia el jardín*, relacionada con los más exquisitos jardines del mundo. El discurso de bienvenida estuvo a cargo de Emma, la galerista, quien se refirió a la exposición como un cúmulo de oportunidades para mirar hacia diversos lugares del mundo que ni siquiera imaginábamos que pudieran existir. Al finalizar, propuso un brindis.

—Que las leyes del arte nos rijan siempre, señores. Adelante.

En el evento se expuso obra de autores contemporáneos, tanto de pintores noveles como de algunos ya renombrados. Durante el recorrido por el museo estuve pendiente del teléfono para saber si Giuseppe demoraría o estaba por llegar, sin embargo, no recibí ni una señal de su parte.

—Es hora de decirte cuál es tu sorpresa, cariño.

—Vaya, pensé que estar aquí era la sorpresa.

—Esa es sólo una parte. Desde que supe cuánto te entusiasma esta exposición, hablé con Emma para pedirle que nos permitiera comprar alguna de las obras expuestas y, aunque no dependía de ella, me prometió negociarlo con el Museo. Apenas hace un par de días me confirmó que las autoridades accedieron, siempre y cuando la compra se hiciera hoy, antes de que la exposición quedara abierta al público.

—Y con un importante cargo extra, seguramente.

—Ya sabes cómo funcionan las cosas, cariño. ¿Qué le vamos a hacer?

Tras revelarme su sorpresa, papá quiso saber cuáles eran mis impresiones acerca de las pinturas, de la exposición en general y cuál era la obra que me interesaba adquirir.

—He visto un par de cuadros que me agradan, pero ninguno me ha enamorado. Prefiero no decidir aún.

—Tu decisión me parece no sólo acertada, sino sabia, linda. No te precipites, hay más tiempo que vida —dijo papá, que solía usar dichos populares y frases hechas—. Deberías aplicar esa filosofía todos los días. El ejemplo más claro: no estás enamorada de ese pobre muchacho sin oficio ni beneficio y ya lo elegiste como compañero de vida.

Guardé silencio para ocultar el escozor que sus palabras me generaban y seguí caminando, pretendiendo que la sentencia de papá no era una plétora de verdad. Al llegar a la parte final de la exposición, me topé con un cuadro como de dos metros por uno y medio de alto. Aquel jardín estaba ejecutado con una técnica apegada a la de la escuela simbolista de finales del siglo XIX, donde aparecía en primer plano una fuente con algunas flores carmín caídas a su alrededor y detrás de ella un precioso puente de adoquín con portentosos balaustres de piedra. Al fondo se apreciaba algo que parecía una aldea erigida a partir de mimbre, además de docenas de árboles blancos con ramas delgadas y livianas, las cuales formaban parte importante del paisaje.

El cuadro me atrajo y causó inusitada curiosidad a partes iguales. Leí la placa, tenía por nombre *El Jardín de las Certezas* y su autor era André Baccili, nombre que no me resultó conocido, de manera que lo asumí como un novel pintor.

—¡Es este! Este quiero —dije plantada frente al cuadro, contemplándolo como quien mira un recinto sagrado.

—¿Estás segura de que es este el cuadro que quieres?

—Segura —afirmé.

—¿Qué tiene de especial, además de su tamaño, por supuesto, para haber atrapado así tu atención, mi vida? —preguntó papá al ver mi mirada atónita frente al cuadro.

—No lo sé. Quizá son sus detalles exhaustivos, la sobriedad del simbolismo o la forma en que el artista empleó la sinestesia, el hecho es que el cuadro me provoca algo que no puedo explicarte y creo que de eso va el arte, de conmover al espectador —respondí sin despegar la mirada del óleo.

—Tienes razón, el pintor es talentoso. Si bien es cierto que su jardín tiene una técnica impecable, también hay algo en él que trasciende lo visual. ¡Buena decisión! —agregó papá y me despeinó el cabello en señal de asentimiento.

De pronto apareció Emma, a quien yo conocía desde niña, cuando papá comenzó a llevarme al Mapic y a su galería privada. La galerista era una mujer alta, de tez blanca y rasgos finos que siempre vestía con trajes sastres y tacones bajos. Mi padre aprovechó para informarle que queríamos adquirir *El Jardín de las Certezas*.

A su vez, ella nos contó que se trataba de una pieza muy extraña, pues había llegado hasta ahí por medio del propio Baccili, quien al parecer tenía mucho interés en que su obra se expusiera, al grado de ofrecer el cuadro por una suma ridícula.

—La curadora ya tenía la exposición completa, sin embargo, cuando la llamé para que valuara la pieza, quedó encantada y la aceptó. Además, claro, de que el precio era muy atractivo.

—Pues qué lástima —agregó papá—, porque el trabajo de un artista siempre debe ser bien remunerado, pero sobre todo, valo-

rado por él mismo. En fin, ha sido una magnífica decisión incluirlo en la exposición, Nat ha quedado encantada con él.

—Me alegra que así sea, Rafael —respondió Emma y le sonrió a papá—. Iré a solicitar que lo retiren de la muestra y lo embalen para entregárselos lo antes posible.

Luego nos despedimos y, al salir de la galería, recibí un mensaje de Giuseppe que preferí ignorar:

Nat, ha sido un día agotador, no podré acompañarte.

Mañana te veo en la agencia.

—¿Y a qué hora llega este muchachito? —preguntó papá.

—Ni idea, pa. Ni idea —respondí mientras subía a la camioneta.

Esa noche cenamos en El Andariego, un lugar donde todos los días tocan boleros en vivo y sirven la mejor comida del rumbo. Cuando llegamos, sonaba *Dos paralelas*, una de las canciones favoritas de papá.

—Te recuerda a mamá, ¿verdad?

—¿A quién más?

—¿Se quisieron mucho?

—Ella a mí, no lo sé, pero Helena siempre será el amor de mi vida.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué ya no la quieres?

—Claro que la quiero, pero la gente cambia. Todo cambia, incluso el amor y la forma en que amamos a las mismas personas se transforma.

—¿Y entonces por qué nunca han intentado solucionar las cosas?

—Esas son cosas de adultos que todavía no puedes entender, chiquilla. Ahora come, que se enfría —concluyó papá, como solía hacerlo cuando no quería responder algo: tratándome como si fuera una niña.

A la mañana siguiente, un hombre que impregnaba el aire con olor a vainilla se presentó en la casa para entregar mi regalo de cumpleaños. Santiago H., anunciaba su gafete y venía acompañado por un grupo de hombres en cuyos rostros no reparé.

Subieron el cuadro a mi habitación y les indiqué dónde debían acomodarlo. Antes de que se retiraran, le extendí la mano con la propina, pero él me miró extrañado, como si no supiera qué es el dinero, y no la tomó. Se limitó a sonreír y hacerme el día con esa sonrisa.

